

ASPECTOS DEL MONACATO BENEDICTINO EN AMÉRICA LATINA

En los últimos años hemos sido testigos de cambios profundos en América Latina. Uno de los más decisivos es que la Iglesia, y por ende su teología, se están independizando por las filosofías heredadas de Europa, y buscan sus propios planteamientos y soluciones. Como el monacato es una parte integral de la vida de la Iglesia, cabe preguntar qué papel corresponde a los monjes en la situación presente, y cómo están respondiendo a ese llamado.

Este artículo quiere aportar información y algunas reflexiones sobre esta cuestión, limitándose, con pocas excepciones, a los monjes benedictinos del área del Caribe y del Norte de América Latina.

Contexto general

Desde comienzos de este siglo, la humanidad está pasando por cambios tan radicales y profundos como nunca los hubo antes en su historia. Si tomamos en cuenta que la mitad de todos los inventos del género humano fue hecha antes de 1957, y la otra mitad sólo en los últimos 18 años; y si tomamos en cuenta cómo cada nuevo invento influye directamente en el comportamiento diario del individuo y de la sociedad, tendremos una idea de las dimensiones del caos que estamos atravesando. El adelanto científico ha derrumbado definitivamente nuestra visión (*Weltbild*) platónica del universo en dos pisos, con todas sus consecuencias ideológicas, religiosas y éticas. La vida en las grandes metrópolis ha producido un estilo de vida diferente al del campo. El simbolismo religioso tradicional ha perdido mucho su sentido, y en su lugar ha surgido un simbolismo profano, secular. Gústenos o no, esa es la realidad. Y nos exige un replanteamiento de nuestra ética, que nos sirva para decidir responsablemente nuestro futuro.

En esta situación el continente Latino-americano está dotado de dones únicos. Su aporte a la humanidad será de suma importancia. Políticamente se ha independizado hace más de un siglo; ha sido cristianizado desde la conquista; reúne en sus confines una población, que proviene de todas las razas y culturas principales del mundo. Largos siglos de opresión le han exigido aguante y paciencia. La población muy joven lo impulsa hacia el futuro; y sus recursos naturales le dan ahora un instrumento con que luchar por la justicia, y al mismo tiempo la posibilidad de participar con responsabilidad en la creación de una nueva sociedad.

La humillación continua resultante de su dependencia política, hasta la independencia, y en este siglo, de la explotación económica con todas sus consecuencias, la deficiencia en la formación cristiana y la educación en general, el paternalismo constante, y la concepción cíclica de la historia, han impedido muchas veces esta responsabilidad. El facilismo y el fatalismo llevan a participar poco en el propio destino, o en caso contrario extremo, a revoluciones sin fin, con la consiguiente inseguridad en todos los aspectos de la vida.

Muchas veces nos olvidamos de que también san Benito vivía en tiempos de cambios profundos y radicales, cuando algo nuevo y entonces inaudito estaba por nacer. ¿Cuál es, y puede ser, el papel de sus descendientes espirituales en la América Latina del presente?

Breve Historia

Hasta ahora, los benedictinos han participado muy poco en la historia de nuestro continente. Casi nada se lee sobre ellos en la historia de la Iglesia en América Latina, porque de hecho su entrada en estas regiones les había sido vedada por el rey de España. Como una prueba de que la vida monástico-contemplativa es algo esencial en la vida de la Iglesia, había brotes esporádicos de ella dentro de otras órdenes religiosas y también fuera de ellas, aunque muy limitados. Sólo el Brasil es una excepción en esto. Quizás es ésta la razón por la cual todavía hoy se encuentran estilos de vida monástica en personas y grupos que no pertenecen al monacato como institución.

Sólo en este siglo los benedictinos se establecen en América Latina. Salvo alguna excepción, son poco conocidos como tales en su ambiente; aparecen como una congregación religiosa más. Gran número de los monjes han nacido en el extranjero, Europa y Estados Unidos de América, lo que tiene sus repercusiones en la adaptación y “encarnación”. Las fundaciones proceden de varias congregaciones benedictinas, así que las casas latino-americanas tienen vínculos estrechos con el extranjero, pero poca relación entre sí.

Esta situación no permite un impacto importante de la vida benedictina en la historia de la Iglesia en Latinoamérica. Además se da el caso de que las mismas comunidades monásticas sufren los problemas del continente en sus propias filas.

Pero en la última década se produjeron algunos acontecimientos que prometen cambiar esta situación radicalmente. En Argentina, Chile y Uruguay se unieron los monasterios benedictinos para formar la congregación nueva del Cono Sur. También los superiores de los monasterios de Colombia, México, Venezuela e Islas del Caribe entraron en contacto con miras a formar una nueva congregación. La revista *Cuadernos Monásticos* contribuye a formar una conciencia propia del monacato latinoamericano. Este desarrollo permitirá a los benedictinos en un futuro no tan lejano una penetración más estratégica y organizada en este continente.

Tendencias

Hasta hace poco prevalecía en la Iglesia el ideal de numerosos bautizados o de gran número de fieles que frecuentan los sacramentos. Cuando llegaron los benedictinos a nuestro continente, se encontraron con el hecho de una escasez apremiante de sacerdotes en el nuevo mundo. Había que atender a necesidades inmediatas. Junto con la tendencia a seguir patrones tradicionales, eso puede ser la causa por la cual varios monasterios tienen como tarea principal atender parroquias y colegios. La imagen que tiene la gente de los benedictinos, es que son especialistas en liturgia. Pero muchas veces eso equivale a esperar que conserven las formas litúrgicas tradicionales.

Sin embargo, podemos preguntarnos si estas actividades por sí solas justifican la existencia de un monasterio benedictino, tomando en cuenta que el origen de nuestra orden está marcado por una visión profunda, que no excluye dichas obras, pero va más allá de ellas.

De hecho hay cambios en nuestras comunidades que indican la presencia de esta visión. En algunos monasterios se pone en este momento más énfasis en la formación continua de toda la comunidad, que en la formación de los novicios. Se hacen experiencias de vida comunitaria monástica, cuidadosamente planificadas y evaluadas, fuera del monasterio, por un tiempo limitado. A veces se nota una tendencia a un estilo de vida más contemplativo. Los trabajos son llevados a cabo por equipos más que por individuos. Hay un esfuerzo por hacer de la oración otra vez el centro de nuestra vida monástica. Se busca la manera de hacer del monasterio un centro de irradiación, que toque a los que tienen contacto con él, en lo más hondo de su ser.

Los cambios profundos de este siglo se han notado también en los claustros. La reflexión sincera sobre la experiencia de la vida concreta, a la luz de la fe, crea una espiritualidad nueva. Esta a su vez nos sirve de fundamento para mantener clara la visión en nuestras actividades concretas, cualesquiera que sean.

Así es que se habla hoy en día nuevamente de la búsqueda de Dios como tarea principal de los benedictinos. En un mundo desorientado, que busca a veces frenéticamente el sentido de la vida y su polo de descanso, esta búsqueda con espíritu pionero es de primordial importancia. Y lo segundo en rango es la estabilidad, que ayuda al monje a seguir el camino con fidelidad y firmeza. El mundo, con todas sus posibilidades de escaparse en ilusiones, cuando las cosas se ponen duras, necesita este testimonio. El diálogo tiene un papel importante en eso: se trata de superar los obstáculos, para llegar con paciencia a la formación de una comunidad que sea un reflejo de la presencia de Dios. ¿Será eso parte del trabajo que es la obediencia, y del que san Benito habla al comienzo mismo de su prólogo?

El énfasis que se da hoy día a la encarnación, al Dios hecho hombre, hace que nos mantengamos en el ámbito de la realidad, y así no perdamos de vista el sentido existencial de las tres “O” en el capítulo 58 de la RB. No es en el éxtasis de los sentimientos donde encontramos a Dios, sino en las contrariedades, los fastidios imprevisibles *-opprobria-* de la vida diaria; en el servicio humilde al hermano *-obediencia-*, dejando atrás nuestro egoísmo, y abriéndonos al diálogo sincero; y en la obra de Dios como celebración simbólica de toda nuestra vida, puesta conscientemente en la luz de Dios y del contexto más amplio de toda la Iglesia y toda la historia.

Con eso estamos en el centro del Ser mismo, en el “Monte Sión”. De allí recibimos nuestra fuerza y la claridad de nuestra visión. Y es por eso que no necesitamos adherirnos a unas obras heredadas del pasado. Podemos fijar nuestra atención en cualquier servicio que la Iglesia y la sociedad necesiten de nosotros en la hora presente, porque cualquiera que sea este servicio, siempre será para nosotros sólo el ambiente en que se realizan nuestra búsqueda de Dios y el encuentro con Él. Este arraigo en el centro de todo, nos permite también decidirnos por emprender una actividad de largo alcance, cuyos éxitos no vamos a ver en nuestra vida. Eso evita el peligro de realizar un bien superficial, para poder ver rápidamente sus frutos, y así al morir quedar bien ante nuestra conciencia. El monje asume conscientemente la postura cristiana, la de obrar desde el centro, que a su vez *-¡y a su tiempo!*- va a mover todo el resto.

Se puede observar algunos ejemplos en esta línea. En varios monasterios hay experimentos sistemáticos en el campo litúrgico, tanto en la música y la participación del pueblo, como en la creación de nuevos ritos. Se trata de una búsqueda de una más adecuada celebración y expresión simbólica de nuestra vida, que tenga validez para el futuro.

Otro trabajo tradicional está experimentando modificaciones: los colegios son necesarios, pero, ¿basta con tener un colegio más? Dada la situación de nuestra educación, el colegio de los benedictinos en Caracas quiere servir a los estratos más pobres y abandonados de nuestra población. Por la cooperación de varios miembros de la comunidad se ofrece a los niños posibilidades de formación que no consiguen en otro colegio. El horario toma en cuenta las necesidades de las madres que tienen que trabajar fuera del hogar. El desarrollo de estrechas relaciones entre los padres y el personal docente garantiza una mejor educación para los niños.

Cabe mencionar otra actividad tradicional en la Orden: la del campo. No porque los benedictinos sean considerados generalmente como monjes que viven en el campo. Se trata más bien de una misión todavía poco apreciada: rescatar la agricultura, tan venida a menos en todo el continente. Y también porque es en el campo y desde el campo, donde se combaten la huida descontrolada hacia las ciudades, y todas sus causas.

Nuevas posibilidades

Pero en un tiempo tecnológicamente tan avanzado respecto de épocas anteriores, no podemos quedarnos solamente con actividades que tienen como base subyacente una cultura rural. El testimonio de la fe cristiana, vivida en su forma monástica, se necesita hoy en muchas áreas de la vida. Valdría la pena examinar la posibilidad de permitir que algunos monjes trabajaran fuera del recinto del

monasterio. La idea no es tan nueva como suena. Si es comúnmente aceptado que un monje-sacerdote viva fuera del monasterio, sirviendo en una parroquia o dedicado a docencia o estudios universitarios, ¿por qué entonces no puede un monje o sacerdote trabajar y hasta vivir fuera del monasterio? La condición sería que no se trate sólo de un buen puesto, donde gane suficiente para el sustento de la comunidad, sino de una misión, una responsabilidad que como cristianos tenemos para con el mundo en que vivimos.

De este modo, se participará en trabajos que son de vital importancia para la sociedad, y que por una u otra causa funcionan mal, o donde más se presenta una situación de injusticia, para emparar este ambiente con la presencia cristiana, y así redimirlo.

Naturalmente presentaría tal novedad varios interrogantes. La ausencia de algunos miembros de la comunidad por largas horas de trabajo, o hasta por varios meses, puede resultar un elemento desfavorable para el diálogo dentro de la comunidad. Pero se puede reducir esta dificultad, dejando bien claro que tal trabajo afuera no es asunto particular de tal monje, sino una misión de toda la comunidad, llevada a cabo por un miembro determinado. Eso exige encuentros regulares donde participen todos. Allí se informa sobre los resultados y la marcha de la misión, se reflexiona sobre las experiencias vividas afuera, y se fortalece al hermano. Una buena disciplina hará cumplir con el tiempo reservado a estos encuentros.

El hecho de que tales hermanos vivan fuera de la clausura, ya no es un argumento grave en contra. Sabemos que en otro tiempo se reducía la vida del monje al recinto claustral, para facilitar la búsqueda de Dios. Es el aspecto geográfico-social de la estabilidad. Pero en el curso de los siglos se han encontrado otras maneras de mantenerse firme en esta búsqueda. Mucho dependerá de la intensidad y profundidad del diálogo dentro de la comunidad, y de la seriedad en la oración, y meditación. Si un laico y brillante político como Dag Hammarskjöld, logró ser profundamente contemplativo en medio de sus actividades como Secretario General de las Naciones Unidas, ¿qué excusa tenemos entonces nosotros los monjes para no serlo?

Pienso que con estas actitudes más abiertas podremos contribuir valiosamente a la mejora de la vida familiar, de la “mística del trabajo”, o sea, del trabajo no sólo como ocupación, sino como vocación, y del compromiso responsable para con la sociedad. Nuestro concepto cristiano de la historia, que es lineal, ayudará a nuestros pueblos a descubrir y decidir su papel en la historia y en relación con el resto de la humanidad, y así llegar a una estabilización de la vida social y política en todas sus dimensiones.

Y todo eso, ¿no nos llevará a construir otra cristiandad, mientras todavía nos cuesta liberarnos de la anterior? No hay peligro. Nuestras comunidades son muy pequeñas en número. Y eso es bueno. Nos proporciona mucho mejor ambiente para el diálogo y el encuentro personal. La comunidad actuará *como* comunidad, lo que la hará más capaz de producir un impacto. Nuestras comunidades pueden ser como una “agencia” que preste sus servicios a la sociedad en las áreas donde sea más necesario, compartiendo los resultados de su búsqueda con los que buscan. En cuanto a convivencia y eficacia, nuestras comunidades plurinacionales y pluriraciales, pueden ser un signo, una prueba de posibilidad para el mundo entero. No seremos ya el capitán en la cápsula espacial del mundo, pero, sí el navegante que a lo largo del trayecto va informando acerca de la posición de la nave y sugiere las rectificaciones necesarias para mantener el rumbo. ¿Y quién estaría más llamado a prestar al mundo este servicio que el hombre cuya tarea principal es la búsqueda de Dios?

Caracas - Venezuela